

EXHORTACION (Fragmentos de un discurso)

Por Omar Dengo

La pluma de Omar Dengo fue valiente y veraz; su pensamiento estaba imbuido de esperanza y de fe en el maestro costarricense; así lo expresaba en su discurso del 12 de octubre de 1922, al recibir en el Día de la Raza a los graduados de la Escuela Normal de Costa Rica:

Conforta a la escuela la presencia de sus hijos, cual si la estrella del estandarte hubiese cobrado vida, las alas están

llenas de la luz que fluye de la renovada promesa de fidelidad. Cada año, a la llegada de los hijos ausentes se repite el milagro, que parece ya sentir avidez de que una leyenda, apoderándose de su secreto, lo dé a conocer en poesía y símbolo, como sucesos de los más

significativos y bellos en la vida de la juventud costarricense. Y así es. Trátase de un convivio anual en que los jóvenes se congregan a crear y a soñar, porque renuevan promesas y porque se formulan, porque reviven entusiasmos y los magnifican.

He aquí su preocupación por la Juventud expresada en aquella misma oportunidad:

Atraer la juventud a la Escuela, año tras año, fomentar la devoción y esclarecer la fe, era poner en marcha una gran fuerza, pero convocarla alrededor de un suceso pleno de las más hermosas síntesis de la historia, ya es ofrecerle a aquella fuerza un cauce extenso, una orientación firme y un ideal definido. Con lo que de sólo fuerza que era, tempestad quizás, ahora asciende a ser creación. Y si la tempestad sigue alentando en ella, ya no será para deshacerse en estruendo, sino para acumular en la entraña del país, donde férreas canteras resguardan la savia del Continente, un vigoroso impulso de perfección. Atada la juventud a tal ensueño, al contrario de la suerte de Prometeo, la roca habrá sido encadenada al espíritu. Y cuando la juventud cobre alas y las agite, la roca se tornará alada; y el vuelo la convertirá en astro. Así, quizás, en la aventura de Clavileño, Sancho alcanza a sentirse Quijote y puede parecerle que un caballo de madera arrastra las crines resplandecientes de Pegaso.

Vosotros, los hombres que estáis hoy a la sombra de esta juventud, reflexionad que el acto sugiere mayor trascendencia que una fiesta. Hay agrupados aquí jóvenes procedentes de muchos lugares del país, así entre los bienvenidos, como entre quienes los reciben con arcos; jóvenes que concurren a la fundación de la Escuela y entonaron por la vez primera su himno, y jóvenes que no han cumplido un año todavía de ejercer el magisterio; algunos traen algo maravilloso en los brazos: el hijo. La evocación de la raza progenitora se hace, pues, poniendo a vibrar la misma solidaridad que la hermana y que es, en lo esencial, el mismo don de armonía que une, en pensamiento y virtud, a todos los hombres. Pensad, por consecuencia, que la actitud espiritual aquí manifiesta, atesora fecundos augurios de gestión cívica para la vida posterior del país, los cuales, vinculados al desenvolvimiento de altas empresas nacionales, pueden engendrar vivas realidades, —y hermosas—, dentro de una ináxima aspiración continental.

Pero al tema de la juventud, une Omar Dengo el de la Escuela; veámoslos brillantemente engarzados en los párrafos finales del

discurso al que hemos hecho referencia:

Admirable campo de siembra, poblado de surcos sedientos, son los jóvenes, cuando la escuela es capaz de provocar la eclisión de sus devociones y de sustraerlas al arraigo en la tierra estéril del pesimismo. Pero si la institución carece de vitalidad para adaptarse a las necesidades de un creciente afán de realidad y fuerza, entonces sólo logrará servir de tránsito para que los nuevos jóvenes extravíen la ruta, y vayan, como las generaciones vencidas, a acrecentar la sórdida miseria de espíritu que al cabo va devorando los cimientos de la república. La Fiesta de la Raza, señores, interpretaría a maravilla las intuiciones de la raza, si contribuyera a fortalecer e iluminar la conciencia de los deberes que nos reclaman las preocupaciones juveniles. Ellas están consagradas a ser, de preferencia en los maestros, el instrumento de expresión, en las visiones de la historia, de los dones del espíritu humano, en lo que tienen de eterno. No hay problema del país que se puede resolver sabiamente en ausencia de la capacitación de la juventud.

Estoy seguro de que si pensáramos en convertir la Escuela, por medio de los jóvenes, en una síntesis fundamental de los hábitos de grandeza del país, y así del Continente, aquella síntesis se produciría no muy tarde, con la rutilante belleza de la roca que, acumulando energías, florece en esmeralda. Y si del Sur y del Centro y del Norte llegaran, revestidos de idea, los mensajes de la raza, la cultura del país, acopiando sutiles influencias y acentuando sus naturales co-



rientes de progreso, llegaría a ser en hora propicia, en mitad del continente, robusto estandarte de la raza.

Pero antes importa, y es urgente, que en todos estos países hermanos, como algunos ya lo hacen, descubramos, a plena convicción, el continente interno: la juventud. Hay que determinar su trascendente significación, dándole oportunidad de revelarse. Ponerla a servir a los intereses permanentes de su vida, es todo el secreto. Lanzarla a buscar doctrinas y símbolos de grandeza, en una aula de trabajo, y en redentora profusión. Suscitar en ella el despertar de alborada, en mitad de la naturaleza, de aquellos ojos escrutadores del destino humano. Todo ello corresponde a la misión de las escuelas. No son ni las primarias, ni las secundarias, ni las normales, como entiende el vulgo, ilustrado o ignaro, mecanismos que deben juzgarse por razón del gasto que al Estado le demanden. Son grandes laboratorios consagrados a transformar las fuerzas oscuras, en aptitud de la muchedumbre para la vida civilizada.

En América la escuela confronta una tarea caupolicánica: la de tender, enclavados en el Ande, erguidos como la lanza del Quijote, amamantados de gloria por los senos de dos océanos, los sillares de una civilización nueva y mejor. Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traicionada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina les brinden sustento a los despatamos, propios y extraños, de que América se avergüenza!